



SESIÓN IV: *Lo que no es haiku.*

INTRODUCCIÓN

Dentro de nuestra cultura hay una obsesión establecida e inamovible bastante incómoda y absurda: el hecho de querer encontrar una respuesta a todo lo que nos rodea. Parece que el ser humano se siente más seguro, más completo y más dueño de sí mismo y de su entorno si es capaz de esbozar, con este idioma inventado, la definición que caracterice, aclare y limite los conceptos que conocemos y empleamos en nuestra vida diaria. Así, si le preguntamos a alguien por la idea de “amistad” o de “amor”, seguramente nos proporcionará una explicación del término más o menos teórica, más o menos completa, basada o no en toda su experiencia y, seguramente, nos seguirá pareciendo “no verdadera” y que ha habido algo que no ha sido capaz de transmitir para su entera comprensión. No hace falta saber qué es la amistad para disfrutar de una tarde frente a un café con esa persona que conocimos a los 6 años, ni que alguien nos aclare qué es el amor al dar un beso de buenas noches a nuestra pareja... Son cosas que se sienten, muy verdaderas, muy reales y que nadie será capaz de definir jamás.

Por el contrario, si somos capaces de determinar que un hombre que asesina a su pareja no está demostrándole su amor y que alguien que traiciona a otra persona no está intentando ser su amigo. Conocemos las cosas por su negación, no por ellas mismas.

Esta misma situación podría aplicarse al referirnos al *haiku*: sabemos lo que no es, pero no sabemos lo que es. Otros conceptos en la historia de la humanidad también han corrido la misma suerte: San Agustín aseguraba que si le preguntaban qué era el tiempo, lo ignoraba, pero que a solas lo sabía a ciencia cierta; en la Edad Media, los defensores de la teología negativa atestiguaron que nadie podía conocer realmente a Dios y que cada una de las frases escritas sobre Él alejaban al ser humano de su esencia. Dios, el Tiempo, la amistad, el amor, el *haiku*..., son conceptos reconocidos por el hombre, pero que, como diría Kant, son sublimes, es decir, sobrepasan nuestro entendimiento y capacidad de comprensión: estamos inmersos en ellos, nos arrastran y maravillan y nada más. Sólo podemos vivirlos, que ya es mucho, no definirlos, no dominarlos, y cada vez que intentamos, en vez de sentirlos, acercarnos para atraparlos nos esquivan y nos sentimos solos y perdidos, en medio de nuestra ignorancia.

En esta sesión, comentamos algunos ejemplos de lo que NO es *haiku*.

Un placer.



COMENTARIO DE POEMAS SELECCIONADOS

I

José Juan Tablada, “Raíces”, en *El jarro de flores (Disociaciones líricas)*, Nueva York, 1922.

Raíces.

*Ondula por el suelo y se entierra
De pronto la raíz del caucho
Como una culebra...*

Un haiku no es una metáfora, es decir, no es una comparación entre dos elementos en función del juicio del artista. El poeta (*haijin*) se ubica ante la realidad despojado de toda pretensión, de todo alarde de pensamiento, de todo protagonismo. Busca ser auténtico, real, sencillo, tal y como la naturaleza es, para así poder atestiguar su grandeza y ser sobrecogido por su esencia. Sólo formando parte de la naturaleza, el *haijin* puede saborearla.

II

Mario Benedetti, *Rincón de haikus*, Visor, Madrid, 1999.

24

*si no se esfuman
hay que tener cuidado
con los fantasmas*

Un haiku no es un alarde de la escritura, de la fantasía ni del pensamiento. No es un hipérbaton en el que el desorden de las palabras (“si no se esfuman” debería ser el final de una estructura lógica en castellano) nos otorgue un sorprendente desenlace. Tampoco es una paradoja que nos divierta por un instante pensando en la posibilidad de que desaparezca aquello que ya ha desaparecido. Un *haiku* presenta la realidad a golpes de impacto, tal y como “ha entrado” en el alma del poeta; un *haiku* expone una profunda conmoción para el hombre sensible al mundo, no una ocurrencia chistosa y momentánea. Así nos alejamos del *haiku* y nos perdemos entre las ocurrencias de una mente dedicada a falsear la existencia.



III

Aurora Gámez Enriquez, “Haykus”, en *Paradojas poco ortodoxas*, Área de Juventud, Deportes y formación de la Diputación de Málaga, 2007.

II
*La juventud
atesora experiencia
derrocha vida*

Un haiku no es una etopeya, es decir, una definición basada en un punto de vista moral o ético. El *haijin* no es un moralizador, su deber no es “educar” al mundo, sino atestiguar su realidad, exponiendo de forma sensible aquello que atrapa la atención de nuestro espíritu. Todo es materia de *haiku*, desde una piedra hasta el excremento de un buey o una puesta de sol, porque todo forma parte de la vida, porque todo es naturaleza. En ella ha surgido el hombre, incapaz de asimilar toda su sacralidad y ha limitado las realidades, otorgándoles un lugar y un valor, para así poder sentirse seguro y fuerte, dueño de uno o dos pensamientos y de algunas pasiones. El *haiku* no valora, transmite.

IV

<http://www4.los cuentos.net/cuentos/link/298/29851/>

*Perdí mi vida
Cuando al besarnos los dos
Mi alma ponía*

Un haiku no es una declaración de amor ni de desamor. De hecho, el tema del amor humano no suele quedar reflejado en el *haiku*, consciente de que ensalzar este sentimiento lleva al poeta hacia una interiorización que pierde de vista el principal objeto de esta poesía. El *haiku* no es una confesión del hombre, sino del mundo que el hombre, testigo presencial, se encarga de immortalizar por haber tenido la suerte de disfrutar, de sentir en su cuerpo y en su alma una experiencia que nadie más ha podido vivir. Nos obsesionamos por nuestros corazones, nuestras dichas y desgracias, sin darnos cuenta de que pertenecemos a algo más grande que a un grupo de humanos.





V

Olga María del Carmen Ortega Charles,
<http://www.magiaayamor.com/amigos/olga/olgahaiku.html>

*Gesta la fuente
lumínicos diamantes
en rehilete.*

Un haiku no es ningún tópico literario. Si bien es verdad que toda cultura posee un acervo literario que le otorga una identidad propia, el verdadero *haijin* huye de ser un mero plagiador de motivos e imágenes poéticas. El comparar el agua de la fuente con diamantes es un tópico que se nos reproduce instantáneamente si buscamos la manera más “poética” de embellecer las cosas. Pero el *haijin* sabe muy bien que ya no tiene que embellecer nada, porque todo es bello de por sí, esté o no presente su mirada, le guste o no, porque el mundo es demasiado complejo, hermoso y sublime para que una imagen anquilosada y estancada generación tras generación sirva para expresar el sentimiento de belleza en todas y cada una de las almas que escriben poesía. El poeta de *haikus*, en lugar de aferrarse a una tradición muerta, vive, experimenta y siente hasta encontrar su realidad, hasta ser consciente del verdadero sabor de las cosas.

VI

Olga María del Carmen Ortega Charles,
<http://www.magiaayamor.com/amigos/olga/olgahaiku.html>

*El relámpago:
herida del viento.*

Un haiku no es un pensamiento ingenioso. El *haiku*, ya lo hemos dicho, no es un reflejo del pensamiento y de los preceptos humanos y, por supuesto, no es una metáfora ni una personificación ingeniosa. No se trata, como ya hiciera Ramón Gómez de la Serna, de construir “greguerías”, es decir, de crear visiones del mundo basadas en comparaciones e ironías que nos hagan esbozar una pequeña sonrisa. Esa mueca es fácilmente olvidable; en cambio, la materia del *haiku*, una vez que penetra en nuestro espíritu, es indisociable de nuestro sentir. Ver al relámpago como una herida abierta en el viento puede ser un acierto estilístico, pero así jamás nos sorprenderemos ante ningún relámpago, porque lo que “vemos” es la mente de un hombre alejándose y falseando una realidad que no ha vivido, que no ha sentido. Lo que se transmite en este tipo de composiciones no es la vida, no es lo que existe y de lo que formamos parte, sino una idea ingeniosa desligada de lo que realmente acontece cuando vemos un relámpago, ese silencio que indica que no somos capaces de dominarlo, ni de definirlo, ni con la comparación más grandiosa e ingeniosa del mundo.





VII

<http://alemama.blogspot.com/2006/05/amor-de-invierno-en-haikus.html>

*blando refugio
de tormentoso clima
son tiernos brazos*

Un *haiku* no es sólo matemática. No se trata de combinar los elementos que la tradición nos ha legado como propios de este género y adaptarlos a cualquier pensamiento que se nos antoje. Puede ser que el *haiku* se divida en tres versos de 5, 7 y 5 sílabas respectivamente e incluso puede poseer *kigo*, o palabra estacional (tormentoso-invierno) y, a pesar de ello, no ser *haiku*. No se trata de ser fiel a un a estructura, sino de asimilar una forma de captar el mundo, de desarrollar una sensibilidad especial y diferente que haga de cada momento una experiencia única y trascendente. El buen *haiku* despierta nuestro corazón y nuestros sentimientos, no por una imagen mental sugerente, sino por un impacto emocional que nos “descoloca” un instante y nos obliga a reprocharnos “era eso...¿cómo no he podido sentirlo antes?”, sabiendo que siempre ha estado delante de nuestros desentrenados ojos.

UN KOAN Y UN HAIKU

El *haiku*, como género poético de una cultura, ha asimilado distintos preceptos estéticos, conceptuales y filosóficos que han influido en el mundo japonés. Una de estas vertientes que ha interactuado con él ha sido el Zen. Esta corriente religiosa, cuyo principal objetivo es provocar un súbito “despertar” en la conciencia del hombre y la consecuente liberación de este entramado de falsedades y errores mundanos, posee ciertas afinidades con el *haiku*, sin llegar a ser su medio propio de expresión. El Zen constata la importancia de una conciencia constante, de un “estar aquí y ahora” que también le es propio al *haiku*, pero el *haiku* no es poesía zen. Definirlo así sería como afirmar que las estrofas escritas en romance en la poesía castellana sólo son poesía épica, ignorando que si los juglares se servían de estos versos era precisamente por la facilidad que en ellos hallaban para la memorización de su contenido.

Un *koan* es un ejercicio para la mente del monje zen, una prueba que el maestro le brinda para poder desligarse del mundo y de sus rígidas y falsas estructuras y así alcanzar la Iluminación. Esto no es *haiku*. Analicemos dos casos.

Koan:

¿Cuál es el sonido de una sola mano?

Haiku:

*ciruelos por doquier
¿giraré hacia el Norte
o iré hacia el Sur?*

Yosa Buson





En ambas estructuras se nos plantea una pregunta y en ambas nos damos cuenta de que la mejor respuesta posible es el silencio. Si intentamos explicar “el sonido de una sola mano” estaremos emitiendo sonidos, palabras, y ese no es “el sonido de una sola mano”; si nos hallamos rodeados de “círculos por doquier” no habrá ningún camino más propicio que otro, porque todos serán el mismo, y quizás el silencio sea la manera más apropiada de apreciar ese arrobamiento. En ambos escritos, el silencio es la única consecuencia posible, pero las finalidades de uno y otro silencio varían sustancialmente. El silencio del *koan* está destinado a liberarnos de nuestras estructuras mentales y del mundo en el que han sido creadas (responder con el silencio es una paradoja para el ser humano); el silencio del *haiku*, por su parte, no pretende desvincularnos del mundo, sino, al contrario, nos invita a sumergirnos en esa naturaleza que nos ha otorgado la posibilidad de perdernos en ella sin que nos importen nuestros prejuicios, para poder experimentar que cualquier camino y cualquier dirección es perfecta y bella por sí misma. Este *haiku* es una invitación a la belleza, al disfrute y al aprecio de lo sublime que se origina con nuestro propio sobrecogimiento y el silencio que de él se desprende.

